

## EL PRETENDIENTE

El vendedor se atrevió a sentarse en el quicio de la puerta para descansar un rato de aquella clienta a la que, a pesar de su aspecto de señora de toda la vida, no dudó en adjudicar un título de aparejadora como mínimo. Al final la aparejadora se decidió por los zapatos beige de punta negra y tacón bajo, pagó y se marchó.

Federico, nuestro vendedor, se apresuró a echar el cierre a la tienda. Ya eran cerca de las siete, la hora en que había quedado en el Gran Hotel a merendar con Rosita y sus padres, Doña Leonor y don Eulogio. Aquel era el día en que se iba a presentar como pretendiente de Rosita, hija única de la familia, una de las de mayor rango y abolengo de aquella pequeña pero histórica ciudad castellana. Al final, el retraso en el escogimiento de la aparejadora le había dejado sin tiempo ni siquiera para pasar por la pensión a asearse y tuvo ir a la carrera hasta aquel emblemático hotel, donde le esperaba la cita más importante de su vida.

Fede (vamos a llamarle así) entró precipitadamente en el salón y se dirigió a la mesa desde la que Rosita le hacía señas con la mano. Se presentó lo mejor que pudo y pasó a sentarse respetuosamente frente a sus futuros suegros. Acertó a balbucear alguna cortesía mientras deglutía un vaso de agua tras otro, quizá como consecuencia de los nervios o tal vez por la sed que le había provocado la carrera bajo un sol que, a pesar de estar a final del verano, se resistía dejar de mostrar su poderío. El caso es que el ambiente se le estaba haciendo cada vez más agobiante. El nudo de la corbata le asfixiaba y el sudor empezaba a caerle por la frente. Don Eulogio le miraba hierático y Rosita callaba y sonreía algo forzada, mientras doña Leonor le interrogaba impudicamente sobre su sueldo, su familia, sus aspiraciones... preguntas a las que él intentaba responder de forma amable y convincente, aunque tenía la impresión de que no lo estaba consiguiendo. Y Fede cada vez se encontraba más incómodo. Sentado justo en el borde del sillón frente al tribunal inquisidor, apretaba con fuerza las piernas, porque, quizá debido a la cantidad de agua ingerida, su cuerpo le estaba pidiendo a gritos que actuase. Y en un acto de valor, que a él mismo le asombró, interrumpió a doña Leonor, se disculpó y se alejó con pasos cortos pero decididos hacia los servicios.

Pero al llegar allí su ánimo se vino abajo. En la puerta del destinado a los caballeros había un cartel que, paradójicamente, informaba: "Sin servicio". Miró a su alrededor desesperado. Su organismo parecía que no estaba dispuesto a resistirse mucho

## EL PRETENDIENTE

más. La puerta del aseo de señoras estaba entreabierta. Fede vio que no había nadie, dudó solo un instante, entró, pasó a una de las cabinas y al poco, la paz, el relax, la calma, se apoderaron de él. Pero la felicidad es a veces efímera, ya que dos voces femeninas habían entrado en el baño con una animada charla. Fede pensó que utilizarían la otra cabina y se irían rápidamente, pero esa no parecía ser la intención de las intrusas, que continuaban con sus confidencias. Al cabo de unos minutos empezó a desesperarse. No podía esperar más; seguro que en el salón ya estaban comentando su tardanza en volver, pero tampoco podía salir. Entonces se percató de la ventana. Había una ventana encima del inodoro.

Se subió a la taza con cuidado y se asomó. Daba al patio interior del hotel y en él se veía una puerta que, pensó Fede, tenía que tener salida a la calle. La altura que había hasta el suelo del patio parecía de menos de tres metros y además, justo debajo, había un contenedor con cartones, lo que suavizaría la caída. No lo dudó más, sacó medio cuerpo por el hueco de la ventana, tomó impulso, se lanzó al vacío y cayó sobre los cartones. Después de comprobar que no había sufrido daños asomó la cabeza y al no ver a nadie continuó con el plan. Pasó una pierna fuera del contenedor, giró el cuerpo y se dejó caer hacia fuera, pero al instante sintió que la otra pierna se había quedado enganchada en un saliente de la chapa. Fede pegó un enérgico tirón para soltarla, lo consiguió y aterrizó en el suelo del patio, pero con la mala fortuna de que se quedase media pernera de su pantalón colgando del borde del contenedor. Aquello no tenía arreglo, pero no podía quedarse a lamentarlo, de modo que corrió hacia la puerta salvadora con la esperanza de que no estuviese cerrada. Y por fortuna no lo estaba; cedió a su impulso y Fede se encontró en un pasillo poco iluminado, con varias puertas a cada lado y con una al fondo por la que se filtraba la luz de la calle. Debía ser la entrada del personal.

Avanzó con sigilo leyendo los rótulos de las puertas, hasta que vio el salvador: "Vestuario Hombres". Solo tenía que entrar, hacerse con unos pantalones que le sirvieran, salir y volver a entrar al hotel por la puerta principal. Sencillo. Además ya hasta tenía la explicación a su demora: había salido a la calle a fumar un cigarro para calmar la tensión. Entreabrió la puerta, comprobó que la habitación estaba vacía, entró y en la segunda taquilla que revisó encontró lo que buscaba: unos pantalones oscuros que parecían de su talla. La suerte estaba claramente de su lado. Estaba en el acto de desabrocharse sus pantalones para proceder al cambio,

## EL PRETENDIENTE

cuando repentinamente se abrió la puerta y un hombre apareció en el umbral. Después de unos instantes de mutuo estupor y desconcierto, el recién llegado se abalanzó sobre nuestro protagonista gritando “¡Ladrón! ¡Pervertido!” (Al parecer no tenía claro el motivo de Fede para estar allí). Pero este reaccionó con presteza, lanzó un puñetazo al recién llegado y salió de la habitación de un salto mientras se sujetaba los pantalones, salvó en dos zancadas el pasillo, llegó a la última puerta y se precipitó al exterior, un estrecho callejón por el que accedió a la calle Mayor. Corrió como alma que lleva el diablo y cuando ya se estaba quedando sin aliento, se parapetó detrás de una de las pilastras de los soportales desde donde podía vigilar la salida del callejón y esperó. Al poco vio como aparecía su perseguidor, solo, que miraba para ambos lados y finalmente se volvía sobre sus pasos. Fede supuso que debería haber comprobado que no faltaba nada y que daba el incidente por terminado. Y allí se encontraba él, con los pantalones destrozados, fuera del hotel donde le esperaba la familia de Rosita. Pero a Federico de pronto se le hizo la luz: tenía una IDEA.

Mientras tanto en el salón su futura familia política estaba atacada de los nervios. Habían pasado más de veinte minutos desde que se había ido. Rosita, con los ojos empañados, se retorció las manos entre mirada y mirada al reloj. Don Eulogio repetía su argumento favorito: “Ya decía yo que no era de fiar”. Y doña Leonor trataba de calmar a su marido: “A lo mejor se ha indispuerto, deberías ir a ver”. Ya estaba levantándose de mala gana don Eulogio para ir a los servicios, cuando, despertando a los tertulianos que seesteaban en el tranquilo salón, entró Federico a la carrera por la puerta principal mientras gritaba “¡Socorro! ¡Socorro!”

Porque esa era su gran idea. Tal y como explicó al corrillo de curiosos que se formó a su alrededor, había salido a fumar un cigarrillo cuando se le habían acercado dos individuos de aspecto patibulario que le habían arrastrado dentro de un portal exigiéndole que les diera todo lo de valor. Él se había resistido y después de una enconada pelea había conseguido ponerles a la fuga, aunque lamentablemente en la trifulca su ropa había quedado maltrecha. Al momento apareció el conserje del hotel con un blanco albornoz que le ayudó a ponerse. Le insistió en que le diera los pantalones para tratar de hacer un arreglo en el servicio de costura del hotel, a lo que Fede accedió a regañadientes, y finalmente le sentaron en un sofá entre Rosita y doña Leonor, mientras don Eulogio se quedaba en una discreta segunda línea.

## EL PRETENDIENTE

Entre tanto, el expectante grupo que le rodeaba y para los que aquello era lo más emocionante que había pasado en el hotel desde que se alojó allí Sarita Montiel, asataba a Fede a preguntas a las que él, quizá un poco crecido, contestaba sin reparo: “Si, ha sido una pelea horrible” “Por supuesto que he pasado miedo, pero he conseguido sobreponerme” “No, no creo que sea necesario llamar a la policía, ya estarán lejos” “Pues sí, me apetece una tila, muchísimas gracias” Al rato, el círculo que le rodeaba se abrió para dar paso al camarero que traía la tila. Fede cogió la taza, levantó la vista para dar las gracias a su portador y entonces vio un ojo morado. Y al dueño del ojo que balbucía: “Ladrón, degenerado”. Estaba claro que, aunque seguía teniendo dudas sobre las intenciones de Fede, le había reconocido.

Y Fede actuó. No se sabe si porque que conocía la frase del Quijote “Retirarse no es huir” o simplemente porque nuestro hombre había encontrado estimulante tomar decisiones arriesgadas, lo cierto es que empujó al camarero (otra vez...) y salió como un rayo por la puerta del hotel. Aquella imagen de Federico, albornoz blanco ondeando al viento, corriendo desesperadamente con sus desnudas piernecillas al aire calle Mayor arriba, fue la última que se tuvo de él en la ciudad.

Pero no todas las historias trágicas tienen un final aciago. Veamos.

El camarero avasallado se ha hecho muy popular, al haber sido (según él va contando) el descubridor de una trama mafiosa que pretendía hacerse con la ciudad.

Don Eulogio, huyendo de comentarios y chascarrillos, se dedica a dar largos paseos por el campo, lo que ha redundado en una notable mejora de su estado físico.

Doña Leonor ha conseguido su propósito de casar a Rosita con el hijo de su mejor amiga, un joven serio y discreto, opositor para abogado del estado.

Rosita es feliz con él y en el fondo se alegra de que todo haya sido gracias al “incidente” (que ya tiene casi olvidado)

De Federico nunca más se supo. Hay rumores que le sitúan como propietario de un gimnasio en la capital de la provincia y otros juran haberle visto como portero de una conocida discoteca madrileña. Nada de esto está confirmado, pero lo que es seguro es que el la tardanza de la aparejadora en decidir la compra de unos zapatos han cambiado su vida y su carácter para siempre. Y para bien.